

Doolan, se abrazó á los pies del rey, dió de bofetadas al ejército permanente, y corrió lleno de contrición de templo en templo haciendo ofrendas por el pecado de mutilar vacas.

El Rey quedó tan complacido de mi perspicacia, que quiso venderme uno de los pueblos de su reino por veinte libras esterlinas; pero no compro aldeas en el Himalaya mientras una cabellera roja flamee entre las estribaciones de los montes cuyas cimas, cubiertas de nieves perpetuas, parece que quieren escalar el cielo y los linderos de los bosques sombríos. ¡Conozco la casta!



SECUESTRADO

¡Hay mareas que hacia el mal
por todas partes nos llevan:
tristes ¡ay! los que se entregan
á la corriente fatal!

¡Nadie cambia su camino
ni domina su poder,
y el hombre va, sin querer,
donde le empuja el destino!

Mas si, por suerte ó valor,
salvas á algún desdichado,
después de verse salvado,
¡quizás olvide el favor!

(*Moralejas de Vibart.*)

SOMOS una raza superior, ilustrada, y los casamientos á lo *infante* nos resultan muy repulsivos y á veces producen consecuencias singularísimas. Pero á pesar de eso la opinión india (que es la opinión continental y la opinión aborigen), favorable á los matrimonios en que para nada se tienen en

cuenta las inclinaciones personales de los que se casan, resulta juiciosa y conveniente.

Piense usted por un solo instante en ello, y estará de acuerdo conmigo, á no ser que crea en las afinidades.

Y si es así, lo mejor que puede usted hacer es pasar por alto este cuento.

¿Cómo podría un hombre que no se ha casado jamás, un hombre que sólo por haber visto una vez un caballo no osará decir que es bueno; un hombre cuya cabeza está perturbada y enardecida con las visiones de la felicidad doméstica, dedicarse á elegir esposa?

No es posible que vea claro ni elija acertadamente si lo intenta; y las mismas desventajas existen para que tengan éxito las elecciones de las muchachas casaderas. Pero cuando las personas maduras, casadas, discretas, amasan un matrimonio, lo hacen muy juiciosamente, y la joven pareja vive siempre feliz: ¡esto lo sabe todo el mundo!

La verdad es que el gobierno debería establecer un Departamento de Matrimonios perfectamente organizado, con un jurado de matronas, un magistrado del Tribunal Supremo, un capellán respetable, y como adverten-

cia terrible para evitar desgracias futuras, un matrimonio por amor, que hubiera salido mal, atado á los árboles del patio de la oficina.

Establecido este centro, que debería depender de la dirección general de Instrucción pública, todos los casamientos tendrían que hacerse por su conducto, y los que omitiesen tamaña formalidad serían castigados con una pena igual á la establecida para los que toman posesión de una finca sin tener documento en forma que acredite el derecho.

El gobierno, con el pretexto de que está muy ocupado, no admite las indicaciones ajenas; pero quiero que se tome nota de la indicación y me propongo presentar ejemplos en abono de mi teoría.

Una vez había un joven, oficial primero de cierta oficina, con el porvenir de una buena carrera por delante, y acaso acaso con la posibilidad de ser caballero de la cruz del Imperio de la India al finalizar sus servicios.

Todos los jefes hablaban muy bien de él, porque sabía cuándo debían pararse su lengua ó detenerse su pluma. Aún hay en la India once hombres que poseen ese secreto, y todos

ellos, menos uno, alcanzaron extraordinarios honores y amontonaron grandes rentas.

El joven de mi cuento era muy pacífico, muy reflexivo, demasiado viejo para sus años, y esto se paga siempre.

Si un subalterno, un empleado en las plantaciones del té ó cualquiera de esos que gozan de la vida sin pensar en el mañana, hubiera hecho lo que él pensaba hacer, nadie habría reparado en ello. Pero cuando Peythroppe, el estimable, virtuoso, económico, pacífico, trabajador joven Peythroppe *cayó*... ¡hubo una conmoción tremenda en cinco departamentos!

La caída se verificó de esta suerte. Tropezó con una Miss Castries (en su origen se llamaban *de* Castries, pero por razones administrativas, la familia había suprimido la preposición), tropezó, repito, con una Miss Castries y se enamoró de ella con una energía más grande que la que derrochaba en el trabajo.

Hay que dejar sentado, de manera muy clara y terminante, que ni el conato de una palabra podía decirse contra aquella señorita. Era buena, encantadora; gozaba de esa com-

plexión que las gentes sencillas de Inglaterra denominan española; tenía una cabellera magnífica, de un negro azulado, que caía en grandes rizos sobre la frente, afectando la forma de la diadema de una viuda, y unos ojos muy grandes de color violáceo, que brillaban bajo dos cejas tan negras como la orla de la *Gaceta extraordinaria* cuando muere un gran personaje; pero... pero... pero... vamos, lo diré: á pesar de ser una chica muy dulce y muy piadosa, resultaba absolutamente imposible. ¡Hay que confesarlo!

Toda buena mamá sabe lo que quiere decir *imposible*.

No podía haber nada más absurdo que la intención, firmemente mantenida por Peythroppe, de casarse con ella. El ligero color de ópalo y onix que sombreaba el nacimiento de las uñas de la muchacha, publicaba esta verdad del modo más elocuente.

Además, casarse con Miss Castries significaba casarse con otra porción de Castries: con el teniente honorario Mr. Castries, papá de la niña; con Mrs. Eulalia Castries, la mamá; con las muchas ramificaciones de la familia, cuyas rentas llegaban de 175 á 470

rupias al mes, y, por añadidura, con todas las señoras de los Castries y con las conexiones de estas dignas señoras.

¡Menos malo hubiera sido para Peythroppe pegarle al Comisionado con una tralla de perros ó quemar las notas de la oficina del Diputado Comisionado que contraer una alianza con los Castries!

¡Aquello le hubiera perjudicado en su carrera menos que el tal casamiento, aun estando bajo la autoridad de un gobierno que jamás olvida ni perdona!

Todo el mundo veía esto menos Peythroppe, que estaba resuelto á casarse, ya que tenía edad y rentas suficientes para hacerlo, y ¡ay de la casa que no recibiera á Mrs. Virginia Saulez Peythroppe con la deferencia debida al rango del marido!

Tal era el *ultimatum* del joven, y cualquiera observación que se le hacía le ponía furioso.

Estas súbitas locuras atacan con mucha frecuencia á los hombres más sanos, según demostraré á ustedes más tarde; pero semejantes manías no pueden apreciarse sino como manifestaciones contrarias á las ideas corrien-

tes, acerca de cómo deben hacerse los matrimonios.

Peythroppe ardía en deseos de echarse al cuello, en los comienzos de la carrera, una rueda de molino, y no había argumento contra sus deseos que le hiciera efecto.

Quería casarse con Miss Castries; este era un asunto exclusivamente suyo, en el que nadie tenía derecho á meterse; así que agradecería á usted mucho se guardara sus consejos para cuando se le pidieran.

Con un hombre en tales condiciones, las meras palabras no hacen más que confirmarle en su resolución.

Por otra parte, el que está en este caso, no puede ver que aquí el matrimonio, más que al individuo, importa al gobierno á quien se sirve.

¿Se acuerdan ustedes de Mrs. Hauksbee, la mujer más admirable de la India; la que salvó á Pluffles de las garras de Mrs. Reiver, dió á Tarrion un buen empleo en el Departamento de Negocios Extranjeros y fué derrotada, en campo abierto, por Mrs. Cusack-Bremmil?

Aquella señora excepcional se enteró de la situación lamentable en que estaba Peythrop-

pe, y formó el plan que debía salvarle. Tenía Mrs. Hauksbee la sabiduría de la serpiente, la lógica coherencia del hombre, el valor inconsciente del niño y la triple intuición de la mujer.

¡Mientras haya en el mundo carruajes que corran por nuestros valles ó parejas que galopen en la falda de nuestras colinas, habrá quien afirme que no ha existido jamás una mujer tan ingeniosa como Mrs. Hauksbee!

Oyó atentamente la explicación de lo que le sucedía á Peythroppe, dada por tres amigos; permaneció en pie con el extremo de su látigo de montar entre los labios y... habló...

.....
Habían transcurrido tres semanas; estaba Peythroppe comiendo, acompañado de los tres amigos, y á los postres les llevaron la *Gaceta de la India*, viendo el joven, con grandísima sorpresa, que se le había concedido un mes de licencia.

No me pregunten ustedes cómo se arregló aquello. ¡Creo firmemente que si Mrs. Hauksbee lo mandara, toda la alta administración de la India andaría de cabeza!

Los tres amigos de Peythroppe también

tenían concedido igual permiso; pero el enamorado mancebo tiró el periódico y comenzó á soltar palabras feas.

Se oyó en esto el acompasado caminar de unos camellos; camellos de ladrones y pertenecientes á la raza de los bikaneer, que tienen la propiedad de no dar ni resoplidos ni graznidos cuando se tienden ó cuando se levantan.

Después no sé qué ocurrió. Lo único cierto es que Peythroppe desapareció, se desvaneció como el humo, y la *silla larga* de la casa de los tres amigos fué rota para hacer barras, y una de las camas desapareció de las alcobas.

Mrs. Hauksbee decía que Peythroppe estaban cazando con sus compañeros en Rajputana, y era preciso creerla.

Al concluir el mes de licencia, los cazadores se vieron favorecidos con una prórroga de veinte días. En el entretanto, todo eran lamentaciones y desesperación en la casa de los Castries.

El día de la boda se había fijado, pero el novio no volvía y los Da Silvas Pereiras y Ducketts gritaban y se mofaban de Mr. Castries, el teniente honorario, que había sido, según decían, indignamente burlado.

Mrs. Hauksbee se presentó en casa de la novia el día señalado para la boda y se mostró muy sorprendida de que Peythroppe no pareciera.

Al cabo de mes y medio, el joven y sus tres amigos regresaron de Rajputana. Peythroppe volvía muy gordo, muy fuerte, muy mejorado, casi blanco y más reflexivo que nunca.

Uno de sus amigos tenía un corte en la nariz, causado por el retroceso de un fusil. ¡Los del calibre de doce dan unos culatazos muy singulares!

El teniente honorario corrió á beberse la sangre de su infame yerno y dijo unas cosas tan vulgarotas, tan imposibles, que pusieron al descubierto todo lo que había de rudo y grosero bajo su honorabilidad. Sospecho que Peythroppe abrió los ojos; pero se mantuvo tranquilo hasta el fin y entonces habló brevemente.

El Sr. Castries dijo, antes de marcharse, que si no se le daba una reparación, ó se batarían ó le llevaría á los tribunales por haber faltado á sus promesas.

La señorita Castries, que era una buena muchacha, declaró que ella no demandaba á

nadie por faltar á su palabra; que si no era una completa señora, tenía bastante educación para saber que ciertas penas deben quedarse en el fondo del lacerado corazón; y como impuso estas opiniones á toda su familia, no sucedió nada.

Más tarde se casó con un hombre de los más respetables y de los más caballeros, que viajaba en representación de una gran casa de Calcuta y que fué todo lo que un buen marido debe ser.

Peythroppe volvió al cabo en sí; trabajó mucho y bien, y fué alabado y honrado por cuantos le conocían.

Uno de estos días se casará con una doncella de las que figuran en la lista del mundo oficial, muy dulce, dotada de una cara donde alternan la nieve y los claveles; con algún dinero y con varias conexiones influyentes.

Así se casan los hombres juiciosos; mas es seguro que jamás le dirá á su mujer nada de lo que le ocurriera durante aquel mes y medio que estuvo cazando en Rajputana.

¡Pero cuántas molestias y cuánto gasto para llegar á esto! El alquilar camellos es caro, y los de la raza bikaneer son unos bru-

tos á los que hay que alimentar como si se tratara de seres humanos!

¡Podían haberle salvado merced á los buenos oficios del Departamento de Matrimonios, por conducto de la Dirección general de Instrucción pública y con la intervención del Virrey!



LA ROTA DE LOS HÚSARES BLANCOS

¡Ni á la luz ni en campo abierto
hemos tirado la espada,
sino en la noche callada
y junto al vado desierto!
¡En la triste soledad
furioso el viento rugía,
y el agua se revolvía,
envuelta en la obscuridad!
¡Surgió el Miedo, bien armado;
luego el Pánico llegó
y... todo el mundo corrió
por el Pánico, empujado!

(En el Tribunal.)

No falta quien sostenga que un regimiento de caballería inglesa no puede huir.

¡Inmenso error! ¡He visto cuatrocientos treinta y siete sables, volando, más que corriendo, en todas direcciones, á impulsos de un terror abyecto; he visto al mejor regimiento que jamás manejó bridas, borrado por espacio de dos horas, de los cuadros del ejército!